

Presbíteros-catequistas, al servicio de una catequesis con Espíritu

Juan Carlos Carvajal Blanco

Universidad Eclesiástica San Dámaso

La misión de la Iglesia se inicia a partir del mandato misionero que el Resucitado da a sus discípulos poco antes de retornar glorioso al Padre. «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 19-20). En el corazón de dicha misión está la iniciación cristiana. La Iglesia tiene como misión extraordinaria y preferente introducir en el misterio de comunión del Dios Trinidad —del cual ella es instrumento y mediación— a través del servicio de la Palabra: «enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado», y del servicio litúrgico-sacramental: «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». No hay misión más importante para la Iglesia que la de constituir ese seno maternal por el que Dios engendrar a sus hijos al injertarlos en su Hijo Jesús y al otorgarles el Espíritu de filiación¹.

De este modo, podemos afirmar, sin exageración, que toda la obra evangelizadora de la Iglesia halla su piedra angular en la Iniciación cristiana, esa institución que se remonta a los tiempos apostólicos (cf. CCE, n. 1229) por la que alumbró a los nuevos cristianos a semejanza de Jesucristo. En efecto, la Iniciación cristiana es un proceso catequético-litúrgico a través del cual las comunidades acompañan el proceso espiritual de conversión² por el que los discípulos —por la

¹ Este texto recoge la ponencia que el autor pronunció en la Jornada de Formación del Clero de la diócesis de Córdoba celebrada el 5 de noviembre de 2020.

² Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (CIV Asamblea Plenaria), *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo. Instrucción Pastoral sobre los catecismos de la Conferencia Episcopal Española para la iniciación cristiana de niños y adolescentes* (21.XI.2014), n. 8.

confesión de fe y la recepción de los sacramentos— entran en comunión con quien es su Maestro y Señor (cf. DC, n. 75).

Solo desde esta primacía esencial y estructural que la Iniciación cristiana tiene para la vida y misión de la Iglesia se puede comprender la preferencia que también tiene para la misión de los sacerdotes. Ellos han sido investidos por el poder sacramental del Orden sacerdotal para, en el seno de la comunidad, ejercer con autoridad el ministerio de la Palabra (catequesis) y presidir las celebraciones litúrgicas-sacramentales por las que son engendrados los nuevos hijos de la Iglesia. Así, de igual modo que los sacerdotes no se desentienden de esas celebraciones, tampoco pueden desentenderse de una participación directa en la catequesis —función particular del ministerio de la Palabra³— de aquellos que desean ser discípulos de Cristo por la fe. En la actividad pastoral, en general, y en la iniciática, en particular, la catequesis no puede ser considerada —y menos para los sacerdotes— un elemento más, uno entre otros. La catequesis es esencial en el alumbramiento de los discípulos de Cristo, su actividad se integra en la misma celebración de los sacramentos de iniciación por el servicio que presta a la confesión de fe⁴.

Esta ponencia, en primer lugar, contempla al presbítero como catequista. Desde esta perspectiva, y a la luz del nuevo *Directorio*, señalará aquellos rasgos característicos que hoy el catequista-presbítero debe desarrollar en la actividad iniciática; rasgos que, sin duda, potencia la recepción del sacramento del Orden, pero que en ningún caso da por superados y menos niega. Esta reflexión ofrecerá aquellas condiciones por las que el presbítero, a través de la catequesis, podrá ser instrumento para la conversión misionera que está pidiendo la actividad

³ Conviene recordar que el decreto *Presbyterorum Ordinis* (PO) menciona el anuncio de la Palabra como el primer deber de los presbíteros: «Los presbíteros, como colaboradores de los obispos, tienen como primer deber el anunciar a todos el Evangelio» y enumera después los diferentes modos de comunicar la verdad del Evangelio, entre otras la catequesis (cf. n.º 4); también la constitución *Lumen gentium* (LG), n. 28.

⁴ El *Directorio para la Catequesis* lo expresa así: «La catequesis es una parte de la Iniciación cristiana y está estrechamente vinculada con los sacramentos de la Iniciación, especialmente al bautismo. “El eslabón que une la catequesis con el bautismo es la profesión de fe, que es, a un tiempo, elemento interior del ese sacramento y meta de la catequesis”» (n. 69, con cita del DGC, n. 66).

catequística de nuestras parroquias. En último lugar, la ponencia plantea algunos elementos por los que la catequesis llega a ser un servicio a la actividad siempre antecedente del Espíritu Santo.

1. Tareas del párroco y del presbítero, en general⁵

Una de las novedades del nuevo *Directorio para la Catequesis* es el lugar en el que ubica la enseñanza sobre el catequista. Este tema es tratado en la Primera Parte. Tras dedicar el primer y el segundo capítulo a la Evangelización al servicio de la Revelación y a la identidad de la catequesis, el tercero desarrolla su reflexión sobre la identidad y vocación del catequista. De este modo revela que, más allá de otras consideraciones, la catequesis la hace el catequista. En efecto, con esta ubicación en la primera parte del *Directorio* se subraya el protagonismo que el catequista posee en la transmisión de la fe. La buena catequesis no la hace ni el uso de la Escritura ni del Catecismo, tampoco unos materiales ni el desarrollo de unas dinámicas —todo esto, en diferente orden, es necesario—, sino el catequista, testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios, maestro y mistagogo, acompañante y educador (cf. DC, n. 113).

⁵ Como punto de partida de nuestra reflexión, traemos una cita de Mons. Estepa Llaurens. Considero que, escrita allá por el año 1991, sigue manteniendo toda su actualidad: «La acción catequética todavía es considerada por muchos cristianos como algo propio de la infancia, o como un requisito que hay que cumplir para recibir los sacramentos. Por otra parte, para algunos sacerdotes la acción catequética parece algo que pertenece al mundo de lo “ya sabido” y “rutinario”, sin capacidad de estimular ningún impulso renovador. Por todo esto, es necesario prestigiar esta acción tan fundamental en la vida y misión del sacerdote, pues a través de la educación de la fe, y de forma particular de la catequesis sistemática, se construye la personalidad de los bautizados y la vida misma de la Iglesia. En esta línea, urge promover una corriente de opinión que ponga de manifiesto el valor fundamental de la catequesis en la comunidad cristiana. Para esto el sacerdote deberá procurar informar a toda la comunidad sobre el significado de la catequesis en las diferentes etapas de la vida, a fin de ayudar a superar la visión tan pobre que circula entre muchos cristianos. Sin embargo, será el modo como el sacerdote desarrolle su responsabilidad catequética, su propia dedicación personal, la mejor forma de prestigiar esta tarea fundamental. A su vez esto depende, en gran medida, de la visión que se tenga de la catequesis en el conjunto de la acción pastoral. A veces una visión pobre de la catequesis lleva al sacerdote a concebir su tarea catequética como algo meramente organizativo, o como una cosa más de las muchas que hay que hacer» (J. M. ESTEPA LLAURENS, *et al.*, “La responsabilidad y tareas del sacerdote en la acción catequética”, *El sacerdote y la catequesis. XXV Jornadas nacionales de delegados de catequesis*, Secretariado Nacional de Catequesis (ed.), [Edice, Madrid 1992], pp. 150-151).

Tal importancia tiene la descripción que hace el *Directorio* de la identidad y vocación del catequista (cf. DC, nn. 110-113), que ella antecede y se convierte en clave de comprensión del papel que tienen los diferentes ministerios y agentes en la catequesis: del obispo, primer catequista (cf. DC, n. 114), del presbítero (cf. DC, nn. 115-116), del diácono (cf. DC, nn. 117-118), de los consagrados al servicio de la catequesis (cf. DC, nn. 119-120), de los laicos catequistas (cf. DC, nn. 121-123), de los padres (cf. DC, n. 124), de los padrinos y madrinas (cf. DC, n. 125), de los abuelos (cf. DC, n. 126) y de las mujeres (cf. DC, nn. 127-129). Este planteamiento del *Directorio* manifiesta que la vocación y la identidad del catequista, en cuanto que está dirigida a iniciar en la fe, es una función —ministerio— básica y supone un común denominador a la diferenciación por motivos ministeriales, de estado de vida o funcionales. Según este presupuesto, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la reflexión inicial del tercer capítulo del *Directorio* proyecta su luz sobre el quehacer del obispo y los presbíteros respecto a la catequesis.

Dados los destinatarios de esta ponencia, mi reflexión se circunscribe a la figura del presbítero-catequista. El *Directorio para la Catequesis* trata en dos números (cf. nn. 115-116) el papel del presbítero en la catequesis. El número 115 subraya el carácter referencial de su ministerio, del cual deriva su responsabilidad respecto a la catequesis. En calidad de colaborador del obispo y por mandato suyo, en el presbiterio diocesano, el sacerdote tiene una responsabilidad particular respecto a la actividad catequística de la comunidad a la que ha sido enviado. Esta responsabilidad pasa por animar, coordinar y dirigir dicha actividad. Pero también por discernir y promover la vocación y el servicio de los catequistas. Resulta sorprendente que, aunque en este número se recuerda que el presbítero es «educador de la fe»⁶, no se diga nada de una actividad

⁶ La cita del Concilio a la que el *Directorio* hace referencia enseña lo siguiente: «Por lo cual, atañe a los sacerdotes, en cuanto *educadores de la fe*, el procurar personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó. De poco servirían las ceremonias, por hermosas que sean, o las asociaciones, aunque florecientes, si no se ordenan a formar a los hombres para que consigan la madurez cristiana. En su consecución les ayudarán los presbíteros para poder averiguar qué hay que hacer o cual sea la voluntad de Dios en los mismos

catequística directa. Es preciso esperar al siguiente número para ver alguna indicación sobre esta dimensión esencial del ministerio presbiteral.

Así, en el número 116, el *Directorio* enumera los quehaceres propios del párroco en la catequesis y, en general, del presbítero. Señala seis tareas, la mayoría de ellas referidas a las funciones más propias del ministerio pastoral: la de promover la actividad catequística, vincularlas con otras acciones esenciales para la vida de la Iglesia, discernir y acompañar las vocaciones específicas para la catequesis, alentar una organización de los procesos catequísticos vinculados a la propia comunidad y las orientaciones diocesanas...

Entre estas tareas, nuestro interés se centra en dos (“a” y “f”); aquellas que apuntan de una manera directa a la función de «educador en la fe» (catequista), que le es tan propia al sacerdote⁷. En efecto, citamos las palabras del *Directorio* en las que se pide a los presbíteros que se consagren a una catequesis directa:

a. Dedicarse con competencia y generosidad a la catequesis de los fieles confiados a su cuidado pastoral, aprovechando todas las oportunidades que ofrece la vida parroquial y el entorno socio-cultural para anunciar el Evangelio.

Esta invitación a hacer de la catequesis, por parte del presbítero, una tarea cotidiana, evoca la exhortación que Pablo dirigía a Timoteo: «Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina» (2 *Tim* 4, 2). Esta dedicación «con competencia y generosidad», «aprovechando toda oportunidad», muestra a las claras que no se puede hacer de la catequesis una actividad secundaria o meramente delegable. No cabrían, por tanto, expresiones tipo: «En mi parroquia la catequesis la hacen los seglares», «yo tengo otras cosas más necesarias/urgentes que hacer»...

acontecimientos grandes o pequeños. Enséñese también a los cristianos a no vivir sólo para sí, sino que, según las exigencias de la nueva ley de la caridad, ponga cada uno al servicio del otro el don que recibió y cumplan así todos cristianamente su deber en la comunidad humana» (PO, n. 6).

⁷ Si no acercamos a las tareas que el anterior *Directorio* (1997) asignaba a los presbíteros, podemos comprobar que no se encuentra la primera que aquí señalamos y la segunda es ampliada de modo considerable (cf. DGC, n. 225).

f. Como catequista de los catequistas, se ocupa de su formación, dedicando esmerado cuidado a esta tarea y acompañándolos en la maduración de su fe; valorando el grupo de catequistas como lugar de comunión y de corresponsabilidad, necesario para una auténtica formación (cf. cap. IV, *La formación de los catequistas*).

El «educador de la fe», que es el presbítero, es definido nuevamente por el *Directorio para la catequesis* como «catequista de catequistas» (cf. DGC, n. 225c). El ministro ordenado ha de ser capaz de desarrollar con los catequistas esa catequesis que va a pedirles que ellos realicen con los que tienen encomendados. Si el presbítero se presenta ante ellos como un mero organizador, ellos serán organizadores de la catequesis. Si lo hace como un mero divulgador de teología, también ellos lo serán. Si ejerce de simple pedagogo, ellos no serán más que animadores de actividades y dinámicas... Pero si, en la formación de los catequistas, el presbítero es capaz de desarrollar una catequesis kerigmática e iniciática, ellos aprenderán, por propia experiencia, a realizar una catequesis kerigmática e iniciática con los que la comunidad cristiana les encomienda. Por tanto, el objetivo que debe guiar la recepción del nuevo *Directorio* por parte de un presbiterio diocesano presidido por el obispo no puede ser otra que impulsar la implicación de los sacerdotes en la catequesis y renovar la práctica catequística de sus comunidades a partir de las dos coordenadas citadas anteriormente.

En efecto, estas dos encomiendas respecto a la catequesis marcan el perfil del sacerdote-catequista en una doble perspectiva.

– La primera apunta a que el sacerdote, en verdad, ha de ser y sentirse catequista. Ya hemos señalado más arriba que, según el nuevo *Directorio*, la identidad del catequista ofrece un denominador común más allá de la distinción que deba hacerse en virtud del ministerio, estado de vida o función de la persona que la sustente. De este modo, ser sacerdote no puede servir de pretexto para no sentirse y ejercer de catequista; al contrario, su responsabilidad particular y el orden recibido imprime a esta tarea antecedente un imperativo propio.

– Una vez definido como “catequista”, la segunda perspectiva fija su atención y profundiza en este modo particular de ejercer el ministerio

de la Palabra que es la catequesis. Así es, si en virtud del sacramento del Orden y la encomienda del obispo, el presbítero posee una capacidad genérica para el ministerio de la Palabra, es un hecho, que esta ha de ser desarrollada de una manera específica cuando se trata de la catequesis. Esta función particular del ministerio de la Palabra está regida por unas leyes propias que el sacerdote debe conocer y respetar.

2. Rasgos definatorios del presbítero-catequista

Resultan significativos los términos con los que el *Directorio* caracteriza a los catequistas para esta nueva etapa evangelizadora: «En virtud de la fe y la unción bautismal, en colaboración con el magisterio de Cristo y cono servidor de la acción del Espíritu Santo» (DC, n. 113). Desde la perspectiva que venimos subrayando, conviene pensar que estos tres rasgos también caracterizan al presbítero-catequista, si bien, como decimos, vividos y ejercidos al modo presbiteral. Pasamos a decir una palabra sobre cada uno de ellos.

2.1. CATEQUISTA EN VIRTUD DE LA FE Y LA UNCIÓN BAUTISMAL

Según la comprensión del *Directorio*, lo primero que es preciso redescubrir es que el presbítero no es y ejerce de catequista en virtud de su ministerio, sino por haber recibido el don de la fe y la unción bautismal. Así es, si lo que cimienta y desarrolla la vocación del catequista es la iniciación cristiana: la fe y la unción bautismal, no cabe duda de que esto también hay que decirlo del sacerdote-catequista; pues antes que presbítero, el sacerdote es cristiano. El mismo sacramento del Orden que el presbítero recibe está siempre enraizado en la gracia bautismal y se desarrolla en el ejercicio de la fe⁸. Este arraigo no puede nunca olvidarse,

⁸ «Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel es un nombre de oficio recibido, este es un nombre de gracia; aquel es un nombre de peligro, este de salvación» (SAN AGUSTÍN, *Sermo* 340, 1: PL 38, p. 148). El decreto *Presbiterorum ordinis*, n. 9 (también, desde la perspectiva de la santidad, la exhortación *Pastores dabó vobis*, n. 20) da testimonio de la tensión que produce en el presbítero su doble implantación sacramental: en el Bautismo y en el sacramento del Orden, tanto en sí mismo como en su relación con los laicos. Él es a un tiempo «hermano entre hermanos» y posee «una función importantísima y necesaria de padre y maestro». Todo presbítero está llamado a resolver

so peligro de un ejercicio del ministerio de corte funcional, y rige de un modo extraordinario en sus obligaciones con respecto a la catequesis.

Precisamente, este arraigo en la fe y en la unción bautismal es lo que permite al sacerdote que el ejercicio de su función propia —esa que brota en el sacramento del Orden— esté justamente puesta al servicio de la fe y de la maduración cristiana de los miembros de su comunidad. Como es bien sabido, la potestad de su ministerio ordenado no es para hacer nuevos ministros, sino para engendrar por la catequesis y la celebración de los sacramentos de Iniciación a los nuevos hijos de Dios, en el seno de la Iglesia.

Esta perspectiva ayuda fundamentalmente a dos cosas. En primer lugar, a evitar caer en un ejercicio «funcional» del ministerio⁹. Y, en segundo lugar, a sintonizar de un modo más pleno con los propios catequistas. En efecto, la primera referencia para el presbítero es ser cristiano, lo cual evita una forma de comprender y vivir el propio ministerio desarraigada de la tierra madre de la fe que siempre alimenta el ministerio. En realidad, es a través de la fe —vvida como una experiencia viva— y a través de la confianza en la unción bautismal como el presbítero puede acompañar en la fe a los fieles que están en la búsqueda de Cristo, así como formar a los catequistas para que, a su vez, sean capaces de acompañar el alumbramiento de esa fe en aquellos que tienen encomendados. Si el presbítero quiere ser catequista de los catequistas no puede olvidar, en ningún momento, esta referencia esencial al bautismo y a la experiencia básica de fe.

2.2. COLABORADOR CON EL MAGISTERIO DE CRISTO

El segundo de los rasgos con los que el número 113 del *Directorio para la Catequesis* introduce su reflexión sobre la identidad del catequista

esta tensión en un dinamismo existencial-cristiano único, pero sin suprimir ninguno de los extremos. Sobre este punto cf. S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Sígueme, Salamanca 2007) el apartado: «Las “condiciones de vida” en la Iglesia. Laicado y ministerio pastoral, con su articulación eclesiológica, y la vida consagrada», pp. 289-231. Más concreto, A. CORDOVILLA, «Como el Padre me envió, así os envío yo» *Teología y espiritualidad del ministerio apostólico presbiteral* (Sígueme, Salamanca 2019), el apartado: «El lugar del sacerdote en la Iglesia», pp. 65-85.

⁹ El presbítero está llamado a hacer vida propia el Misterio de la fe que a través del Ministerio de la Palabra y la Eucaristía ofrece al Pueblo de Dios cf. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote* (Sígueme, Salamanca ³1996), pp. 121-138.

es «en colaboración con el magisterio de Cristo». Esta es una referencia subrayada tradicionalmente. Recordemos lo que decía el anterior *Directorio General para la Catequesis* (1997):

El Señor Jesús invita así, de forma especial, a hombres y mujeres, a seguirle precisamente en cuanto maestro y formador de discípulos. Esta llamada personal de Jesucristo y la relación con Él, son el verdadero motor de la acción del catequista (DGC, n. 231a).

Como cualquier catequista, los sacerdotes son «participes de la misión de Jesús que conduce a sus discípulos a entrar en relación filial con el Padre» (DC, n. 112). Ahora bien, por el Orden sacerdotal, esta misión la ejercen con la autoridad que les da el sacramento que les identifica con Jesús Maestro y les confiere la potestad para construir el Pueblo de Dios¹⁰. Su propia actividad catequística es una actividad autorizada y, por tanto, nunca es del todo delegable. De hecho, toda la actividad catequística de su comunidad, en cierto modo, está confirmada por su propia autoridad, ejercida en el seno del presbiterio diocesano y en comunión y en nombre del obispo.

2.3. SERVIDOR DE LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Por último, la introducción del número 113 señala que el catequista ejerce su misión como «servidor de la acción del Espíritu». Esta es quizá una de las mayores novedades que hace el nuevo *Directorio* en la caracterización del catequista. Para sopesar el alcance de esta afirmación viene bien citar lo que dice en el número anterior:

El verdadero protagonista de toda auténtica catequesis es el Espíritu Santo que, a través de la profunda unión que el catequista mantiene con Jesucristo, hace eficaces los esfuerzos humanos en la actividad catequística (DC, n. 112).

En efecto, el catequista sirve el Evangelio con la esperanza de que sus palabras resuenen como Palabra de Dios en la vida y en el corazón de

¹⁰ «Los presbíteros, por la ordenación sagrada y por la misión que reciben de los obispos, son promovidos para servir a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan, por el que la Iglesia se constituye constantemente en este mundo Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo» (PO, n. 1).

aquellos que la comunidad cristiana le ha encomendado (cf. 1 *Tes* 2, 13). Él sabe que es el Espíritu quien hace escuchar su palabra como Palabra divina y opera la acogida en la fe en sus interlocutores. En realidad, el catequista es siempre un mero servidor del Espíritu y de su acción magisterial en el corazón del hombre.

Pues bien, ministro de la Palabra de Dios, el presbítero experimenta como nadie que su ministerio es capaz de alumbrar la fe cuanto más unido está a Cristo Maestro y más se deja guiar y se pone al servicio del Espíritu¹¹. Esta referencia del *Directorio* al Espíritu indica que, nunca como ahora, se necesitan sacerdotes que sepan desarrollar el ministerio de la Palabra, en general, y de la catequesis, en particular, como un verdadero servicio al magisterio del Espíritu. Con tristeza se puede constatar que este modo de proceder no siempre es expreso cuando los presbíteros ejercen su ministerio en el ámbito de la catequesis, sobre todo cuando reducen su aportación a una mera intervención administrativa. Puestos en esta situación, muchos catequistas tienen la sensación de que cuando el sacerdote se acerca a la actividad catequística «dice lo que tiene que decir», en función de su «oficio», pero sin dejar traslucir la experiencia de fe que necesariamente debe latir detrás de sus palabras. Más que manifestar que son servidores de la gracia del Espíritu, apelan a una autoridad recibida que parece eximirles de referendarla con la propia experiencia espiritual cultivada en el seno de la Iglesia. En este punto y referidas al presbítero, son muy pertinentes las siguientes palabras de san Juan Pablo II:

Ante todo, está claro que la Iglesia, cuando ejerce su misión catequética —como también cada cristiano que la ejerce en la Iglesia y en nombre de la Iglesia— debe ser muy consciente de que actúa como instrumento vivo y dócil del Espíritu Santo. Invocar constantemente este Espíritu, estar en comunión con Él, esforzarse en conocer sus auténticas inspiraciones debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista (CT, n. 72h).

¹¹ Refiriéndose al ministerio de la palabra propio de los presbíteros el Concilio afirma: «Teniendo presente que es el Señor quien abre los corazones y que la experiencia no procede de ellos mismos sino del poder de Dios, en el momento de proclamar la palabra se unirán más íntimamente a Cristo Maestro y se dejarán guiar por su Espíritu. Así, uniéndose con Cristo, participan de la caridad de Dios, cuyo misterio, oculto desde los siglos, ha sido revelado en Cristo» (PO, n. 13).

2.4. FUNCIONES DEL PRESBITERO-CATEQUISTA

Una vez caracterizados los presbíteros como verdaderos catequistas y habiendo indicado lo que el sacramento del Orden les aporta, no hay dificultad para que las funciones que el *Directorio* asigna a los catequistas sean también referidas a ellos. El *Directorio* presenta estas funciones a modo de binarios, los cuales se iluminan al tiempo que se equilibran mutuamente. Con el objetivo de procurar una verdadera renovación en la misión catequística de nuestras comunidades, resulta conveniente que estos binarios iluminen, ante todo, el ser catequista y el ejercicio de la catequesis de los propios presbíteros. Esta es la condición para que los sacerdotes, de un modo personal, tomen la iniciativa en implementar la conversión misionera que está pidiendo la actividad catequística de las parroquias. Pasamos a decir una palabra sobre cada binario (cf. DC, n. 113):

a) *El presbítero-catequista es testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios*

Parece una obviedad y, sin embargo, no lo es. Los sacerdotes están llamados a ser testigos de la fe; es decir, testigos de una experiencia personal de encuentro con el Señor que cambió su vida y que aún hoy les sostiene en su existir cristiano y presbiteral. En efecto, aunque no se puede separar, antes que ministros son cristianos y la vocación a la santidad y la gracia de la fe deben reverberar tanto en sus relaciones, en las opciones que toma, como en el modo de afrontar las circunstancias. Frente a la tentación de la mundanidad, su existencia cristiana debe manifestar que toda su vida discurre para «mayor gloria de Dios».

En este orden de cosas, el problema viene cuando en ocasiones —en expresión del Apocalipsis— se ha abandonado el amor primero (cf. *Ap* 2, 4); es decir, ha quedado atrás aquella experiencia evangélica que está en la base de la fe personal y de la respuesta ministerial, y el presbítero se limita «a vivir de las rentas». Ser testigo de la fe supone que el presbítero debe reavivar constantemente su experiencia de fe, la cual —repetimos— es ante todo de índole bautismal. Si el catequista es

aquel que permanentemente está en el amor primero y que, por tanto, se convierte en un testigo de la experiencia de la fe, el presbítero será verdaderamente testigo si vuelve permanentemente a ese amor primero, si hay en él un verdadero deseo de santidad. No en vano, el testigo es aquel que quiere ser santo.

Sin embargo, esta experiencia personal está mediada y profundizada por la memoria de Dios que se conserva en la experiencia eclesial¹². El sacerdote no puede ser tan original ni tan tentado por un falso mesianismo, que lejos de ser testigo-mediador se convierta en una *vedete-pantalla* que dificulta el acceso al Misterio salvador de Dios. La misión del Bautista, «es necesario que él crezca y yo disminuya» (Jn 3, 30), solo se logra por la fidelidad a la Palabra de Dios, la cual se acoge por la lectura asidua de la Sagrada Escritura en el surco de la Tradición viva de la Iglesia, bajo la orientación del Magisterio (cf. DC, nn. 25-27; nn. 91-94; nn. 283-287). Las gentes, aun sin saberlo, esperan del presbítero que les anuncie y actualice, por su palabra y la celebración, el memorial de la salvación acontecida en Jesucristo.

Una simple observación muestra cómo, en muchas ocasiones, en los presbiterios diocesanos hay sacerdotes con una experiencia tan carismática, «tan personal de Dios», que parecen prescindir de la Iglesia, hasta el punto de no medir su propia experiencia personal con la experiencia secular de la Iglesia. Para otros, la experiencia personal se quedó en el pasado y se limitan a repetir lo que parece que se les pide que digan. Frente a estas derivas, los presbíteros necesitan mantener una actitud discipular y recordar que la memoria de Dios siempre les alcanza a través de una confrontación asidua con la Sagrada Escritura actualizada en la vida de la Iglesia —incluida la de sus propias comunidades— y bajo la guía del Magisterio. Ellos son los garantes de una catequesis que, a fuer de eclesial, equilibre la experiencia de fe de los catequistas y la memoria de Dios, de modo que garantice un verdadero servicio a la actualidad de la salvación acontecida en Cristo.

¹² Cf. FRANCISCO, *Homilía* en la santa misa de la Jornada de los catequistas con motivo del Año de la Fe (29.IX.2013).

b) *El presbítero-catequista es maestro y mistagogo*

Si el catequista es un «icono de Jesús Maestro», el presbítero lo es a doble título por su función de catequista y por el Orden recibido. Ciertamente, el ejercicio del magisterio siempre se ha referido a la transmisión de la verdad, pero, en realidad, la verdad es el propio Cristo. Por eso la función magisterial del presbítero-catequista siempre es una colaboración con el magisterio de su Señor, quien personalmente sigue formando a sus discípulos de la misma manera que formó a aquellos con los que se rodeó (cf. DC, n. 79)¹³. La formación que Jesús dio a sus apóstoles tuvo un carácter integral: les llamó para que estuvieran con Él y siguieran sus huellas, de tal modo que por medio de la convivencia y el seguimiento se fueran asemejando a Él.

Por esta razón el presbítero-catequista al tiempo que es maestro debe ser mistagogo, es decir, alguien que al referenciar permanentemente a Cristo es capaz de introducir en su misterio. Esto lo hará en la medida en que sepa poner en relación vida cristiana-vida eclesial-vida en Cristo¹⁴. El objetivo es que lo que se inician, por medio de la catequesis y las celebraciones litúrgicas, lleguen gradualmente a «sentir, pensar y actuar como Cristo» (DC, n. 77). Es tarea de los presbíteros garantizar y favorecer la relación-vinculación-identificación con Jesucristo, Hijo de Dios, de aquellos que se inician en la vida cristiana-eclesial. Esta es la condición para engendrar en la fe a los hijos de Dios y para que ellos tomen conciencia de que han sido hechos partícipes del Misterio trinitario.

Ciertamente, cuando se habla del «maestro» —también referido a las cosas de la fe— se piensa inmediatamente en que el maestro es aquel que adoctrina. Sin embargo, cuando contemplamos la manera que

¹³ «Así pues, hay que decir que en la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca» (CT, n. 6).

¹⁴ Esta cadena sacramental, esencial para comprender la articulación de la catequesis de iniciación, la hemos puesto en evidencia en J. C. CARVAJAL BLANCO, «La iniciación en la fe y en la vida cristiana de quienes se incorporan a la comunidad eclesial», en: F. MERONI y A. GIL (coords.), *La misión, futuro de la Iglesia*. Missio ad-inter gentes (PPC, Madrid 2018), pp. 195-223, en especial las 215-222.

Jesús tenía de ejercer su magisterio, varía el modo de concebir la cosas. Jesús no solo enseña a sus discípulos con palabras, también los enseña entrenándolos en una vida semejante a la suya; esto es, por el seguimiento. En este sentido, el *Directorio para la Catequesis* vuelve a retomar este modo de concebir la labor magisterial cuando, al presentar las tareas de la catequesis, dice literalmente que

se inspiran en el modo en que Jesús formó a sus discípulos: les daba a *conocer* los misterios del Reino, les enseñaba a *orar*, les proponía las *actitudes evangélicas*, los iniciaba en la vida de *comunión* con Él y entre ellos y en la misión (n. 79).

Establecido este principio, conviene que el presbítero se pregunte: ¿Cómo vivo mi función magisterial? ¿Lo reduzco a mera enseñanza o sé iniciar en los diferentes aspectos de la vida cristiana? ¿Sé entrenar, por ejemplo, en la celebración litúrgica? ¿Cómo inicio poco a poco en las actitudes litúrgicas, en el silencio, en el significado de los ritos? ¿Cómo voy introduciendo en los misterios del año litúrgico? Y, del mismo modo, se lo ha de preguntar respecto al resto de las tareas de la catequesis: el conocimiento de la fe, la vida en Cristo, la oración, la vida comunitaria. Es preciso que el sacerdote-maestro tenga la capacidad de generar unos entrenamientos progresivos, sencillos, en la vida cristiana y los ponga en conexión con los misterios de Cristo para que el que se inicia tome verdadera conciencia de que camina tras su Maestro y Señor, sigue un proceso de identificación con Él y es introducido en su Misterio divino.

c) *El presbítero-catequista es acompañante y educador*

El catequista está llamado a reconocer el protagonismo del Espíritu en la catequesis (cf. DC, n. 112), y a unir, por tanto, «su acción de persona responsable con la acción misteriosa de la gracia de Dios» (DGC, n. 138). Esta acción del Espíritu se refleja en el proceso espiritual de conversión que siguen los que se inician. Los catequistas y los sacerdotes, de un modo especial, deben ser capaces de reconocer y secundar las mociones del Espíritu —discernidas en la fe— y acompañar ese proceso espiritual de conversión que siempre supone un combate por

liberar la propia voluntad y hacer entrega de ella a Jesús, reconocido como Señor.

Para ser un verdadero acompañante que acompaña al que se inicia en la «peregrinación de Cristo hacia el Padre» (EG, n. 170), es preciso que el catequista-presbítero sea también un educador en la fe. En realidad, como hemos dicho anteriormente, se trata de que conozca las diversas pedagogías que ayudan a madurar en las distintas dimensiones de la vida cristiana y de que sepa proponerlas con un buen sentido de la gradualidad que ayude a los discípulos de Jesús a asimilar poco a poco su Misterio (cf. EG, n. 171; CD, n. 179). Tanto las habilidades para el acompañamiento como para la educación exigen unas habilidades humanas (acoger, escuchar, proponer, tener paciencia, fortalecer...) que el presbítero no debe dar por supuestas en sí mismo.

En este punto, resulta obvio que el presbítero-catequista no puede acompañar a todos los catecúmenos y catequizandos de su comunidad parroquial, pero sí debe hacer un esfuerzo por acompañar a los catequistas. En realidad, el camino para emprender una verdadera renovación de la catequesis —según el espíritu que alienta el nuevo *Directorio*— pasa porque los presbíteros se empeñen en iniciar procesos de acompañamiento de y con los catequistas que tengan como plazo cinco, seis o diez años¹⁵. Es el modo, concreto y efectivo, de que los catequistas del futuro sean también capaces de acompañar en la fe a aquellos que la Iglesia les encomienda y de abrirles caminos educativos que los lleve a entrar en comunión con Jesús.

El recorrido por estas seis funciones del catequista, presentadas a modo de binarios, manifiesta a las claras que el ejercicio de la catequesis es una actividad rica y compleja que, por tener un carácter espiritual, implica a la persona del cristiano, también del presbítero. Si la catequesis fuera, simplemente, transmitir el catecismo, si la catequesis se redujera a divertir a los niños con una serie de dinámicas, se trataría simplemente de que el presbítero diese un material o unas directrices

¹⁵ Cobra aquí todo su sentido y alcance las palabras de Mons. Estepa Llaurens que citábamos al inicio.

didácticas y que los catequistas se ajustaran a ello. Pero si la catequesis es un proceso iniciático de configuración con Cristo, un proceso de índole espiritual en el que se pone en sintonía la gracia de Dios y la libertad de los que se inician, entonces la implicación del presbítero es del todo imprescindible, máxime si quiere que los catequistas de su comunidad realicen una catequesis a la altura de estos tiempos. En efecto, la enseñanza del *Directorio* sobre lo que es ser catequista interpela no solo a los catequistas, sino ante todo a los presbíteros-catequistas. Cada presbítero responsable de la catequesis de su comunidad parroquial está llamado a preguntarse si es más maestro o mistagogo, más acompañante o educador, más testigo o alguien que mantiene la memoria de Dios; y si se esfuerza por integrar todos estos rasgos. Según sea su respuesta y su actitud por articular todos los elementos se juega el futuro de la transmisión de la fe en su comunidad eclesial.

3. Elementos para una catequesis con resonancia en la vida

Tras haber fijado la atención en la identidad y las funciones propias del catequista que marcan la identidad y tareas del propio presbítero en la catequesis, ahora pasamos a interesarnos por esa función particular del ministerio de la Palabra —con identidad propia— que es la catequesis.

3.1. FUNDAMENTO TEOLÓGICO

El término catequesis procede del verbo *katechein* que significa «resonar», «hacer resonar»¹⁶. En palabras del nuevo *Directorio*, la catequesis tiene como objetivo «hacer resonar continuamente en el corazón de cada hombre el anuncio de su Pascua, para que su vida sea transformada» (DC, n. 55). Para penetrar en el significado de este resonar de la Pascua de Cristo en el corazón del que se inicia traemos a colación un texto de *Evangelii Nuntiandi*, referido a la evangelización en general:

¹⁶ V. M^a. PEDROSA ARÉS – R. LÁZARO RECALDE, «Catequesis», en: V. M^a Pedrosa, *et al.* (dir.), *Nuevo Diccionario de Catequética* (San Pablo, Madrid 1999), pp. 295-316.

Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (*Ap* 21, 5; cf. *2 Cor* 5, 17; *Gál* 6, 15). Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo (cf. *Rom* 6, 4) y de la vida según el Evangelio (cf. *Ef* 4, 23-24; *Col* 3, 9-10). La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama (cf. *Rom* 1, 16; *1 Cor* 1, 18; 2, 4), trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos (EN, n. 18).

En efecto, a la luz de este texto podemos asegurar que la Pascua —el Evangelio de Jesucristo— no es ajena a nadie y además supone que, cuando la Palabra de Dios se proclama en la catequesis, «llega con fuerza» al corazón del que se inicia para, «desde dentro», operar una verdadera transformación de su vida. Ahora bien, ¿qué consecuencias tiene para la catequesis este planteamiento?

a) *Al servicio de «la sola fuerza divina» de la Palabra*

Bien sabemos que siempre que la Palabra de Dios se anuncia con fe, es como una «espada de doble filo, penetra hasta el punto donde se divide alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón» (*Heb* 4, 12). Aquí radica la importancia que el papa Francisco da a la proclamación del kergima. Su convicción radica en que en el anuncio del kerigma —no tanto el desarrollo meramente doctrinal del mensaje— es Dios mismo quien actúa con su gracia en los interlocutores de la Iglesia. Recogemos la cita tal y como lo hace el *Directorio*:

El kerigma, «fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre» es simultáneamente acto de anuncio y contenido mismo del anuncio, que revela y hace presente el Evangelio (DC, n. 58, cita de EG, n. 164).

En el anuncio del Evangelio, el acto del anuncio y el contenido son simultáneos. Esto quiere decir que, por obra del Espíritu Santo, la palabra del catequista media el acontecimiento salvador de la Pascua de Cristo y de un modo misterioso, pero eficaz, la Palabra divina introduce a los interlocutores de la catequesis en ese dinamismo pascual. La catequesis nunca puede caer en la tentación del didactismo. A los catequistas les conviene recordar siempre las palabras del apóstol Pablo: «La fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo» (*Rom 10, 17*). Este es el poder de la Palabra divina, poder de gracia, en el que el catequista, también el presbítero, debe siempre confiar.

b) *Con atención al «desde dentro»*

Sin embargo, para no caer en una «concepción extrínseca» y mucho menos mágica del kerigma, también es preciso reconocer el papel de interlocutor —que no mero destinatario— respecto al anuncio y propuesta de fe. Este es ese «desde dentro» al que antes hacíamos alusión. Lo manifiesten o no, en los interlocutores de la catequesis siempre hay una espera oculta de la Palabra de vida. Aquí, nuevamente, nos ilumina un texto del papa Francisco:

A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno (EG, n. 265).

Conviene no olvidar que todo ser humano posee una vocación divina, ha sido hecho a imagen y para la semejanza de Jesús, el Hijo de Dios, y, por eso mismo, es portado por un anhelo oculto de poder reconocer su propio misterio en Él y así alcanzar su felicidad (cf. DC, n. 17). La función propia de la catequesis consiste justamente, en tratar de hacer que la Palabra de Dios halle eco en ese anhelo y pueda abrir el corazón de las personas a Aquel que no solo viene a iluminar su vocación, sino también viene a cumplirla.

Por otro lado, esta apertura del hombre, constitutiva e innata, está alentada por la acción del Espíritu. Tal y como recuerda el propio *Directorio* —y esta es una de sus convicciones más firmes—, el Espíritu

actúa tanto en la Iglesia como en aquellos a los que es enviada y a través de los cuales, en cierto modo, también debe ser reconocido, ya que Dios obra en el corazón de cada hombre [...] El mismo Espíritu, desde el interior de la humanidad, siembra la semilla de la Palabra, suscita el deseo y las obras del bien, prepara la acogida del Evangelio y otorga la fe, para que, a través del testimonio de la Iglesia, los hombres puedan reconocer la presencia y la comunicación amorosa de Dios (DC, n. 23).

El anuncio y propuesta de la Palabra no solo debe hallar eco en los anhelos que embargan a los interlocutores de la catequesis, sino que también debe conectar con esa acción antecedente del Espíritu, por cuya gracia, «siembra las semillas de la Palabra, suscita el deseo y las obras del bien, prepara la acogida del Evangelio y otorga la fe». En efecto, si el catequista se despreocupa de las inquietudes, miedos y prejuicios de los que se inician, si ignora sus circunstancias y condicionantes, el mensaje no llegará a ser significativo. Pero si, además, se preocupa mucho del contenido, pero no está atenta a cómo el Espíritu está trabajando dentro de ellos y los mueve a la fe, la catequesis no dará fruto. La catequesis debe estar atenta al dinamismo espiritual que procura el Espíritu en el oyente de la Palabra. Si no lo estuviera, no haría más que sembrar la semilla del Evangelio al borde del camino: no se haría entender, no alcanzaría el corazón de los interlocutores, parecería estéril (cf. *Mt* 13, 4-23).

De este modo, si el presbítero quiere ser un verdadero catequista no puede reducir sus catequesis a puros monólogos —en clases teóricas, por muy «piadosas» que sean— donde se ignora la vida y la experiencia de los sujetos, los cuales nunca son destinatarios sino interlocutores¹⁷ de una Palabra compartida. El presbítero-catequista ha de saber hacer de cada catequesis un verdadero «laboratorio de diálogo» (cf. DC, nn. 53-54), pues es a través del diálogo y de una voluntad paciente de acompañamiento

¹⁷ El *Directorio General para la Catequesis* (1997) hablaba de «destinatarios de la catequesis», de hecho, este es el título de su cuarta parte, el nuevo *Directorio* habla siempre de «interlocutores». A este respecto son significativas las siguientes palabras: «El catequista, reconociendo que su interlocutor es sujeto activo en el que la gracia de Dios actúa dinámicamente, se presentará como un respetuoso facilitador de una experiencia de fe de la que no es protagonista» (DC, n. 148). Insistir en «interlocutores» —en diálogo con ellos— ayuda a prestar una mayor atención respecto a sus anhelos y a cómo el Espíritu va trabajando en ellos.

donde, precisamente, puede tomar conciencia y discernir cómo el Espíritu está actuando en la experiencia humana de las personas a las que catequiza. Solo en sintonía con esta acción misteriosa, pero real, del Espíritu que siembra las «semillas de la Palabra» en los corazones es como su propuesta de la Palabra será significativa y manifestará su poder transformador¹⁸.

En resumidas cuentas, la Palabra siempre es viva y eficaz, pero para poder arraigarse y dar fruto, necesita entrar en relación con las disposiciones propicias que hay en sus interlocutores, y que son creadas por sus experiencias de vida y la acción del Espíritu. Esta es la condición para que el Evangelio pueda realizar su obra en los discípulos de Jesús y opere en ellos una verdadera transformación existencial, de modo que, poco a poco, se vayan asemejando a su Maestro y Señor (cf. DC, n. 20).

3.2. UNA CATEQUESIS BAJO EL «PRINCIPIO DE CORRELACIÓN»

Lo expuesto hasta aquí no es un mero excursus teórico, afecta de lleno a la catequesis. De hecho, dentro del ministerio de la Palabra, la catequesis se caracteriza por poner en relación, de un modo sistemático, la Palabra de Dios con la vida de los que se inician. Para confirmar lo que decimos, traemos aquí dos citas —cada una de un *Directorio*— lo suficientemente explícitas como para no necesitar mayor comentario:

La indagación vital y orgánica en el misterio de Cristo es lo que principalmente, distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios (DGC, n. 67a).

El mensaje cristiano, por tanto, siempre debe ser presentado en relación con el significado de la vida, de la verdad y de la dignidad de la persona [...] La Palabra de Dios, a través de la catequesis, ilumina la vida humana, le da su significado más profundo y acompaña al hombre por los caminos de la belleza, de la verdad y del bien (DC, n. 173).

¹⁸ En una terminología propia del tiempo, ya *Presbyterorum ordinis* invitaba a los presbíteros a ejercer el ministerio de la Palabra de una manera significativa para los oyentes: «Para mover mejor las almas de los oyentes, debe presentar la palabra de Dios no solo de manera abstracta y general, sino aplicando la verdad perenne del Evangelio a las circunstancias concretas de la vida» (n. 4).

A pesar de estas afirmaciones, es un hecho que las catequesis, tal y como habitualmente se desarrollan en nuestras comunidades, parecen no tener éxito a la hora de que la Palabra de Dios encuentre eco en las experiencias vitales de los que desean ser discípulos de Jesús. Al final del proceso catequético, muchos de los que concluyen el itinerario formativo y reciben los sacramentos de Iniciación viven un auténtico divorcio entre la fe y la vida (cf. DC, n. 199)¹⁹. Esto lleva al extremo de que, una vez terminada la catequesis, abandonan la comunidad y someten su fe a un verdadero proceso secularista.

Superar este divorcio es un objetivo esencial de la catequesis. Solo a través de un proceso en el que la Palabra de Dios sea puesta en relación con los avatares de la vida y los anhelos del corazón, puede aleccionar a los cristianos para que puedan vivir su fe en la vida ordinaria. En este sentido, por encima de cualquier método que se utilice en la catequesis, los catequistas y los presbíteros-catequistas, antes que ellos, han de ser diestros en poner en correspondencia los misterios de la vida de Cristo y las experiencias vitales de los que se inician. Esto es lo que tanto en teología como en catequesis corresponde al llamado «principio de correlación»²⁰. El nuevo *Directorio* lo expone en los siguientes términos:

Por un lado, los acontecimientos personales y sociales de la vida y de la historia encuentran en el contenido de la fe una luz que los interpreta; por otro, este contenido debe presentarse siempre de una manera que se muestren sus implicaciones para la vida. Este proceso presupone una capacidad hermenéutica: la existencia, interpretada en relación con el anuncio cristiano, se manifiesta en su verdad; el kerigma, por su parte, tiene siempre un valor salvífico y de plenitud de vida (DC, n. 196).

Este texto es muy rico, sin embargo, si no se está atento puede dar la impresión de que la circularidad que se ha de establecer entre la

¹⁹ Ya el Concilio invitaba a considerar esta separación entre la fe profesada y la vida cotidiana «como uno de los errores más graves de nuestro tiempo» (GS, n. 43a).

²⁰ Cf. J. GEVAERT, *La dimensión experiencial de la catequesis* (CCS, Madrid 1985); J. LÓPEZ PEÑALBA, «La identidad entre la experiencia de Jesús y la experiencia de los discípulos»: *Teología y Catequesis* 141 (2018), pp. 109-132.

Palabra y las experiencias existenciales se realiza de un modo meramente metodológico, funcional, extrínseco. No es así. En realidad, lo que se pretende es prestar un servicio, nada más y nada menos, que al encuentro de Dios con su criatura. En realidad, «la tarea del catequista consiste en: descubrir y mostrar los signos de la acción de Dios ya presentes en la vida de las personas y apoyándose en ellos, proponer el Evangelio como fuerza transformadora de toda la existencia, que así adquirirá pleno sentido» (DC, n. 179).

Aquí resuena lo dicho en el punto anterior. La tarea del catequista consiste —a partir de un diálogo fraterno— en reconocer de qué modo en las experiencias de vida de los que acompaña hay una espera oculta del Evangelio, primero en virtud de su vocación divina y después por la acción del Espíritu que, de modo antecedente, siembra los signos de Dios. Este discernimiento, hecho en la fe, es lo que permite al catequista proponer los Misterios de Cristo, que contiene la Palabra evangélica, como una luz concreta que ilumina las cuestiones existenciales que laten en el fondo de esas experiencias.

Si el anuncio del Evangelio llega a iluminar esas cuestiones existenciales, es decir aquellas en las que se juega el sentido y el destino de las personas, y la persona lo acoge por el don de la fe, entonces la Palabra se revela como buena noticia y hace efectiva la gracia que es capaz de vincular a Cristo y de transformar la vida según su semejanza. Mientras no se vaya en esta línea, la catequesis podrá ser bíblica o doctrinal, escolar o dinámica —entretenida llegado el caso— pero no verdadera catequesis. Es un hecho que la renovación de la catequesis pasa necesariamente por una implicación personal del catequista en la misma, para que la experiencia de vida y el anuncio del Evangelio se puedan encontrar realmente.

Hasta ahora, hemos descrito el camino que va del anuncio del Evangelio hacia la experiencia vital y cómo esta queda iluminada y transformada por aquel; pero es preciso caer en la cuenta de que, en esta correlación dialógica, la comprensión del Evangelio también se ve en-

riquecida²¹. Esto tiene un especial valor para la experiencia de fe del catequista y, ¿cómo no?, también del propio presbítero que se entrega a la catequesis. Una catequesis así planteada —en la medida en que verifica que la Palabra ilumina la vida de los que acompaña— es la ocasión para ver alentada la propia experiencia de fe y descubrir nuevas luces en el Evangelio que se testimonia. En efecto, el catequista tiene la oportunidad de explorar aspectos del Evangelio que le eran desconocidos y que la acción antecedente de Dios en sus interlocutores saca a la luz. A este respecto son significativas las siguientes palabras del *Directorio*:

La experiencia humana es constitutiva de la catequesis en su identidad y en su proceso, como también en su contenido y en su método, porque no solo es el lugar donde resuena la Palabra de Dios, sino también el espacio donde Dios habla. La experiencia de los individuos o de la sociedad en su conjunto debe ser abordada con una actitud de amor, acogida y respeto. Dios actúa en la vida de cada persona y en la historia; y el catequista, inspirándose en el estilo de Jesús, se deja alcanzar por esta presencia. Esta acción libera a la persona y a la historia de pensarse solo como receptores de la propuesta y se abre a una relación de reciprocidad y diálogo, escuchando lo que el Espíritu Santo ya está realizando en silencio (DC, n. 197).

En un momento en el que todos los cristianos —también los presbíteros— necesitan verificar la contemporaneidad de Jesucristo, como condición para sostener la propia entrega a Él y el servicio a su Reino, se acrecienta la necesidad de hacer experiencia de fe en el mismo ejercicio de la misión. Si esto acontece, el presbítero mismo se siente iluminado en la fe, ya que nada hay más gozoso para un testigo que percibir que otros entran en la sintonía del Evangelio que sirve. En este punto, el ministerio ya no es ejercido como una mera función, sino

²¹ En esta misma línea, el *Directorio* hace caer en la cuenta en una realidad que sitúa como claro signo de los tiempos: «En el momento en el que cambian las formas de transmitir la fe, la Iglesia está empeñada en interpretar los signos de los tiempos con los que el Señor le indica el camino que ha de seguir. Entre estos muchos signos podemos reconocer: la centralidad del creyente y de su experiencia de vida, la importancia de las relaciones y los afectos, el interés por aquello que ofrece significados verdaderos, el redescubrimiento de lo que es bello y eleva el alma. En estos y en otros dinamismos de la cultura contemporánea, la Iglesia ve la ocasión para el encuentro y la proclamación de la novedad de la fe. Esta es la clave de su *transformación misionera*, que, a la vez, motiva su *conversión pastoral*» (DC, n. 5).

que, de pronto, el presbítero percibe que, en el propio servicio de la catequesis, su fe bautismal se ve alentada. Esto acontece de un modo particular, como decimos, en una catequesis que reúna las condiciones que acabamos de señalar. Las resumimos:

– Una catequesis que no solo hace resonar la Palabra de Dios, sino que también reconoce la acción antecedente de su Espíritu que, además de en la Iglesia, también actúa en el mundo y en el corazón de los hombres²².

– Una catequesis que no trata a los otros como destinatarios, sino como verdaderos interlocutores, a los que, por una actitud de amor, acogida y respeto, se les reconoce como compañeros de un camino en el que juntos —cada uno a su modo— busca el Rostro de quien se ofrece como amigo del hombre²³.

En definitiva, una catequesis que, al reconocer la primacía de la gracia, nunca se desespera y, a pesar de que los frutos puedan ser escasos, se empeña una y otra vez en anunciar y proponer el Evangelio convencida de que

El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos, pero sin pretender ver resultados llamativos. Solo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca (EG, n. 279).

²² «Se reafirma la plena confianza en el Espíritu Santo, que está presente y actúa en la Iglesia, en el mundo y en el corazón de las personas. Esta convicción da a la tarea catequética una nota de alegría, de serenidad y de responsabilidad» (DC, n. 4).

²³ Al hablar de la naturaleza y finalidad de la catequesis, el *Directorio* lo expresa en los siguientes términos: «Se reconoce el papel fundamental de los bautizados. En su dignidad propia de hijos de Dios, todos los creyentes son sujetos activos de la propuesta catequética, no son convidados pasivos o meros destinatarios de un servicio y, por tanto, están llamados a ser auténticos discípulos misioneros» (DC, n. 4).